

ESPAÑA Y MEXICO, ESPAÑA EN MEXICO

Carlos Fuentes
Brown University

Er 1936, España fue abandonada. Mientras los aviones alemanes llegaban a Marruecos en julio y los italianos a Mallorca en septiembre, las democracias europeas, Inglaterra y Francia, declaraban su política conjunta de no intervención en agosto.

Este emparedado de la irresponsabilidad y de la renuncia, verdadero sandwich neutralista, cuyo eco actualísimo se escucha hoy en Sarajevo, culminó en Munich y, naturalmente, en la guerra mundial.

Pero México nunca abandonó a España. México estuvo al lado de España y su pueblo, de España y su cultura, de España y su democracia posible, de España y su revolución, en el sentido que María Zambrano le dio a esta controvertida palabra. “La revolución — escribió la filósofa andaluza — toda revolución, hasta ahora no ha consistido sino en una anunciación — y su vigor se ha de medir por los eclipses y caídas que soporta”.

En el calvario de España, México abrazó el cuerpo caído y le ofreció el amparo de su propio suelo a decenas de miles de españoles; trató de llevarle luz al mundo eclipsado de España; y, después de la guerra, mantuvo abiertos los brazos e iluminada la estrella de una España libre y democrática: la España que anunció, al fin y al cabo, la República.

Siempre he pensado que la diferencia entre la dictadura de Franco y la de Hitler es que el nazismo logró secuestrar a la totalidad de la vida cultural alemana, sin dejar espacio o voz que no fuesen prohibidos, exterminados o exiliados, en tanto que la dictadura de Franco, a pesar de sus esfuerzos de intimidación, represión y en muchos casos, muerte, no pudo eliminar por completo a la cultura española. Esta, en buena parte, se mantuvo en España misma, a veces bajo tierra y desarrolló un lenguaje de Esopo, fórmulas de

continuidad democrática, estrategias de resistencia y simbolismos que pronto se advirtieron en las obras de Blas Otero y José Hierro, los hermanos Goytisolo, los novelistas García Hortelano y Sánchez Ferlosio y cineastas como Berlanga y Bardem. Todos ellos anunciaron un futuro mejor para España, abrazaron su cuerpo caído, prendieron fogatas en el camino del dolor.

Pero en otra, vasta medida, el abrazo, la luz, la fe en que lo anunciado ocurriría, tuvieron lugar en el exilio español y, sobre todo, en el exilio mexicano. Exilio, sin embargo, viene del latín *exsilare*, arrojar afuera, y en México la emigración política española jamás estuvo fuera, ni de España, ni de México. El milagro de este exilio es que los españoles en México siempre estuvieron amparados, presentes, integrados a dos patrias: España y México; España en México, México en España.

Hace cuarenta y cinco años, mi padre, Rafael Fuentes, en representación de la Cancillería y el Gobierno mexicanos, inauguró este Ateneo Español de México. El secretario de Relaciones Exteriores era Don Manuel Zello; hoy lo es su hijo. Qué bueno mantener esta continuidad de la relación profunda de México y España. Los hijos siempre defendiendo el amor a España.

Celebramos entonces cuanto aquí llevo dicho, y algo más. La hispanofobia de algunos sectores de nuestra sociedad, alimentada primero por la conquista, enseguida por la independencia, no pudo sostenerse más a partir de la emigración republicana. Los españoles que llegaban a México no eran ni Pedro de Alvarado ni Calleja del Rey; ni siquiera eran Don Venancio; sino lo mejor de una cultura que nos obligó a decirnos a los mexicanos: esto es parte de nosotros, y si no lo entendemos, no seremos nunca completos, no seremos nunca nosotros mismos, mexicanos de cuerpo entero y, sobre todo, de alma entera.

Confieso que vencer los prejuicios antiespañoles en México no es cosa fácil. La Conquista no acaba de ser vista ni como una derrota compartida, la del mundo indígena ciertamente, pero la de los conquistadores en tanto hombres nuevos, renacentistas, europeos, también; ni como lo que al cabo es: el preludio de una contraconquista en que el mundo nuevo merece su nombre pues lo hacen europeos, indígenas y africanos bajo el signo de un mestizaje que no dio cabida a las repugnancias e hipocresías del mundo anglosajón.

Caen en Tenochtitlán los pendones náhuas el mismo año que caen en Villalar las banderas de las Comunidades. Hay aquí una hermandad digna de ser investigada y que fue ocultada por los triunfalismos y dogmas de la ortodoxia política, religiosa y racial.

Y en la España de nuestra independencia, es necesario ver más allá de los errores de la decadencia borbónica a la heredad común de Cádiz y del tumultuoso siglo XIX de España y de América. En vez de integrar una poderosa comunidad de naciones hispanoparlantes, como lo propuso Aranda a Carlos III, nos divorciamos, nos dimos la espalda y sin embargo sufrimos un destino, a pesar de todo, común. Perdimos Cádiz y al perder Cádiz, perdimos la

democracia. Ganamos, en cambio, las oscilaciones entre dictadura y anarquía y en medio, descubrimos nuestro propio cadáver: Aquí yace media España pero también media Hispanoamérica; la mató la otra mitad.

El lamento de Larra culminó en el desastre del 98, que no sólo dio fin al imperio español sino que dio origen al imperio norteamericano. Ambos encontraron su destino en el Caribe. Tampoco supimos distinguir con claridad esta comunidad de los destinos. Acaso sólo Rubén Darío, en su más alto grado, la reconoció.

De manera que la guerra de España y el abrazo de México fueron un reconocimiento que saldó los desconocimientos del pasado.

Quiero hablar de mi propia experiencia como joven estudiante y escritor en ciernes en el México de los años cuarenta y cincuenta, cuando mi padre vino a inaugurar este Ateneo, pues yo no sería quien soy, ni habría escrito nada, sin la presencia, el estímulo y muchas veces, la tutoría de la España Peregrina.

Conocí y quise a tantos de ustedes, a partir del nivel más personal: mi vida de juventud es inseparable del cariño y la amistad de los Bartra, los Oteyza, los García Ascot, los Xirau, los Muñoz de Baena, los Blanco Aguinaga, los Aub, los Vidarte.

Quisiera destacar, sin embargo, algunas enseñanzas fundamentales que recibí y reconozco hoy con verdadero júbilo.

José Gaos, en la Facultad de Filosofía y Letras, acababa de traducir al español *El ser y el tiempo* de Martín Heidegger y nos comunicaba con lucidez incomparable una visión del movimiento humano que, al lado de la dialéctica, invitaba a la ronda, como para suavizar lo que se convertía en rigidez o posibilidad dogmática de un pensamiento marxista que Gaos respetaba como filósofo pero no adoraba como feligrés, pero también para disipar las brumas posibles del pensamiento germánico de Heidegger y darle sol, y por qué no, soledad, mediterráneas.

Sol, suelo, soledad. Recuerdo una gran lección de Gaos sobre el arte como la verdad transformada en obra, movimiento que, simultáneamente, levanta a un mundo y descubre una tierra. Mas la tierra, que es raíz, también es oscuridad, profundidad, misterio que jamás se revela totalmente. Sólo conocemos a la tierra gracias al mundo; el mundo se radica en la tierra pero, como el árbol, se dispara al cielo, se abre a la historia y se ramifica en posibilidad, en pluralismo, alternativa...

Las lecciones de Gaos me enseñaron que la creatividad consiste en convocar un universo, más que reflejarlo ancilarmente. Basada en la realidad — la tierra, la raíz — la obra de arte crea un mundo que antes no existía: nace de la historia pero crea la historia, empezando por la historia de la propia obra de arte.

Eduardo Nicol, en la misma facultad de Nascarones, daba una soberbia clase sobre la filosofía de Nikolai Hartman y su teoría de los valores. Me impactó la distinción que hacía Nicol entre vida personal, vida colectiva y

objetivación histórica pues en ella, de manera deslumbrante, descubrí que sólo somos seres completos si atendemos al mundo objetivo que nos rodea, respetándolo sin fetichizarlo. Pero al mismo tiempo, debemos valorar el mundo objetivo que nos habita, enriqueciendo nuestra individualidad pero sin caer en el pecado solipsista de confundir la percepción con la realidad. Sobre todo, sin embargo, debemos encontrar el punto de equilibrio entre la objetividad y la subjetividad en lo que Nicol, enseñando a Hartman, llamaba la vida colectiva y que, para mí, se convirtió en lugar de encuentro de mi yo, mi mundo material y mi mundo cultural. Supe desde entonces que no sería jamás un hombre o un ser completo si no exploraba el cruce de caminos de mi persona y mi sociedad sostenidas en el mundo material, pero dándose la mano en la cultura.

Luis Cernuda y Emilio Prados, los dos maravillosos poetas que vinieron a México con la gran marea de la guerra, nos dieron a mí y a mi generación otra lección prodigiosa: la de la unión de lenguaje, cuerpo e idea.

El modesto y tierno Prados, en su pequeño apartamento en la calle de Lerma, con melena gris y mirada nublada, eremita mágico de la Colonia Cuauhtémoc, nos enseñó a pensar y ampliar nuestro cuerpo, preguntándose por los límites de la carne, y conjugándola con la voz (“mi cuerpo es el silencio”), con el tiempo (“cayó en el mar la hora”), con la soledad (“que voy siguiendo / a través de mi esperanza / no de mi conocimiento”), con la memoria (“y estudia sus lecciones de sueño la memoria”) y con la muerte (“mi cuerpo, sin imagen”).

En cambio, Cernuda, atildado y arrogante, escondía detrás de su fachada distante la pasión más ardiente y luminosa de nuestra poesía: metamorfosis perpetua de la forma, poética y carnal. Otra vez, como en Prados, descubrimos en Cernuda la gloria y la sacralización de nuestros cuerpos, pero lado a lado con otras asechanzas mudas: era como si la vasta represión corporal de los siglos contrarformistas fuese abolida de un plumazo, la libertad del cuerpo restituida verbalmente, con los fantasmas del lenguaje del Arcipreste, Fernando de Rojas, Francisco Delicado y María de Zayas, vueltos a nacer, encarnados.

Nuestros cuerpos, juveniles, azorados, se hallaron en la poesía de Cernuda “sobre un lecho de arena y de azar abolido”, semejantes al agua, que aunque “idéntica a sí misma, es fugitiva”. En la poesía de Cernuda el cuerpo cumple sus ceremonias en “entreabierto lecho torpe y frío”, aunque añorando siempre “una lejana forma dormida”. Pues aunque seamos “Abajo estatuas anónimas / sombras de sombras, miseria, preceptos de niebla”, la “amorosa empresa ingrata” logra, a pesar de todo, revelar un mundo eternamente presentado e identificarse, cada uno de nosotros, a “las razas cuando cumplen años”.

Muchos grandes profesores españoles nos formaron a mí y a mi generación en la Facultad de Derecho de la UNAM: Luis Recaséns Siches, Niceto Alcalá Zamora, Rafael de Pina, Mariano Ruiz Funes. Pero yo, en lo personal, a nadie le debo tanto como a Manuel Pedroso, antiguo Rector de la Universidad de Sevilla, que en sus clases de Teoría del Estado y Derecho Internacional Público, nos dio a mí, a Miguel Alemán Velasco, a Sergio Pitó, a Mario Moya

Palencia, a Víctor Flores Olea, a Enrique González Pedrero, la más profunda, rica e inolvidable lección sobre el ser humano como animal político, portador de civilizaciones, creador de espacios públicos, agente de la justicia y la coexistencia.

La clase de don Manuel era como un ágora superior, una asamblea del espíritu en la que la política dejaba de ser el arte de lo posible para convertirse en la posibilidad del arte puesto que estableció a la ciudad y sus instituciones como espacios para la creación, lugares donde convocar eso que nos enseñaron Nicol y Gaos: el encuentro del mundo material, mi yo subjetivo y mi comunidad con los demás. Arte de la ciudad: tal era la filosofía política de Pedroso, arte de convivir públicamente, en el respeto, la tolerancia y la claridad mental. Al atiborramiento que entonces privaba en la enseñanza de la teoría política — de Platón a Pareto en veinte fáciles lecciones — Pedroso escogió sólo tres libros para leerlos a fondo: *La política*, *El príncipe* y *El contrato social*. Alrededor de estos tres astros, todo lo demás, de Marco Aurelio a Marx, giraba, atraído por los campos magnéticos de Aristóteles, Maquiavelo y Rousseau. En estos días agitados de la vida pública mexicana, recuerdo la insistencia con que Don Manuel nos recordaba la famosa frase de Juan Jacobo: “Tout revient à la politique”. A la postre, todo conduce a la política. No nos imaginábamos a Rousseau diciendo: A la postre, todo conduce a la tecnocracia.

Conocí al quinto maestro español que hoy deseo evocar — Luis Buñuel — más tarde, cuando había concluido mis estudios universitarios. De cierta manera, sin embargo, el genial aragonés, sordo como Goya, pero como él dotado de la mirada de Argos, resumió todas mis enseñanzas españolas. Pues el surrealismo de Buñuel poseía la superioridad sobre el surrealismo parisino de tener raíces en toda una tradición, de ser un resumen crítico de la creación de una cultura: la de España.

La mirada incendiaria de Buñuel sobre el mundo era la de Goya: la mirada del sueño de la razón engendrando monstruos; y si sus oídos, estaban sordos, a Buñuel lo habían privado los tambores de Calanda para agudizarle una oreja interna donde resonaba la voz de Quevedo: polvo seré, mas polvo enamorado. Su pesimismo poético era el de Fernando de Rojas: el mundo se agita sin cesar, pero todo su movimiento conduce a la muerte. Su optimismo moral, sin embargo, era el de Cervantes: salimos de nuestra aldea, salimos al mundo, el mundo nos humilla y apalea, pero nosotros le decimos al mundo, te equivocas, los molinos son gigantes y Clavileño sabe volar. Mi ficción es la verdad.

Buñuel, uno de los más grandes artistas del siglo XX, se alimenta de la gran cultura de España para darle su presencia más radical, más contemporánea, que consiste en abrazar al otro, reconocer al ser marginado, darle memoria a los olvidados, admitir la oscuridad del deseo, pero ofreciéndole a cada hombre, a cada mujer, a cada niño, la oportunidad del salvarse con los demás, en el reconocimiento de lo prohibido, lo olvidado, lo desdeñado, lo perseguido... *Tristana*, *Nazarín*, *Viridiana*.

No creo, señoras y señores, que ninguna de estas grandes lecciones de la España Peregrina sea ajena a la vida actual de México, de España o del mundo.

Como en la ronda de José Gaos, el mundo no termina, la historia no se acaba, sino que mundo e historia se transforman, circulan, regresan, ascienden en espirales y son portados siempre por los actores de la historia: los seres humanos que la crean y la transmiten: todos nosotros.

Como en la axiología de Eduardo Nicol, el encuentro de materia, individuo y cultura, depende de nuestra libertad para procurar esa reunión, sin abandonarla a la fatalidad. Y como en el estado de Manuel Pedroso, la fatalidad sólo se supera mediante la voluntad jurídica, la acción política, la procuración de justicia. La República Española, al cabo, cayó porque defendía todo esto, el derecho, la justicia, la política de todos. Su derrota fue, sin embargo, su victoria: la anunciación de la República niña, como la llamó María Zambrano, se actualizó, al cabo, por los caminos de la ronda de la dialéctica, de la convocatoria de valores culturales y de la perseverancia histórica en la España actual, democrática y pluralista, donde los latinoamericanos no reconocemos a la madrastra de ayer, sino a la hermana de hoy: nuestra hermana europea, España, una España que no nació de la nada, sino de esa historia que se dice Cortes de Aragón.

Comunidades de Castilla, Constituyente de Cádiz y República de Azaña. Nada nace de la nada: España nace de su historia buena, vencida a veces, perseverante, resistente, vertebrada por el sufrimiento, la sangre, la esperanza, el recuerdo, como Don Quijote, como los amantes de Quevedo, como los **soñadores** de Goya.

Y el arte de Buñuel, finalmente, nos abre al mundo contemporáneo y su desafío supremo: No estamos solos. Los olvidados han llegado a nuestras puertas. Las civilizaciones se juntan y se mezclan. El mestizaje que es raíz de una España celtíbera, griega, romana, goda, judía y árabe, se despliega ante un mundo que se resiste a aceptar al otro. Las crueles máculas de la xenofobia, el racismo, la pureza étnica y el fundamentalismo religioso, regresan hoy a turbar nuestras miradas y ensuciar nuestras manos.

La experiencia de España y de la América Española debe ser un baluarte en contra de esta resurrección de los fascismos en todo el mundo. Sabemos de lo que hablamos: hemos sufrido tiranías, represiones, muerte; las hemos trascendido reafirmando nuestra tradición y nuestra esperanza mediante obras de arte incomparables, propuestas jurídicas y vocación internacional, así como pasión justiciera, en América y en España.

Los desafíos que dieron nacimiento a este benemérito Ateneo Español vuelven a surgir: persecución, intolerancia, guerra contra los inermes. Hoy como ayer, debemos contestarles con lo mejor de nuestra cultura, con esa parte de nosotros que jamás se rinde, que escribe lo no escrito, que dice lo no dicho, que ama lo que clama por ser amado, que sueña lo que necesita ser soñado y que, como en el siglo XVII y en la voz de Quevedo, repite hoy con ese coraje, con

ese pundonor, con esa fe que compartimos españoles y mexicanos: “No he de callar” pues “la lengua de Dios nunca fue muda”.

Señoras y señores:

En seis años más, entraremos a un nuevo siglo y a un nuevo milenio. Llegue a ellos este Ateneo Español de México con el orgullo de su misión cumplida pero inacabada, acompañado del recuerdo de cuanto ha hecho en sus primeros cincuenta años y con la esperanza de cuanto le falta por hacer en los próximos cien: dar vida, memoria y deseo a la prodigiosa civilización común que hemos creado españoles y mexicanos.